



Qué beben
los que no leen como yo

FACTOTUM
EDICIONES

Mey, Luis

Qué beben los que no leen como yo / Luis Mey. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Factotum Ediciones, 2024.

176 p. ; 21 x 13 cm. - (Fictio /)

ISBN 978-987-4198-60-0

1. Narrativa. 2. Narrativa Argentina. 3. Cuentos. I. Título.

CDD A860

© Luis Mey, 2024

© Factotum Ediciones, 2024

Pasaje Rivarola 115 (1015)

Buenos Aires, Argentina

www.factotumediciones.com

Primera edición, 2024

Edición: Fátima Nieves García

Corrección: Fernando Ozón

Diseño de maqueta: Renata Cerelli

Composición de tapa: Fernando Ozón

Imagen de tapa: Everett Collection, Shutterstock

Composición de interior: Natalia Brega

ISBN 978-987-4198-60-0

Libro de edición argentina

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



Qué beben
los que no leen como yo

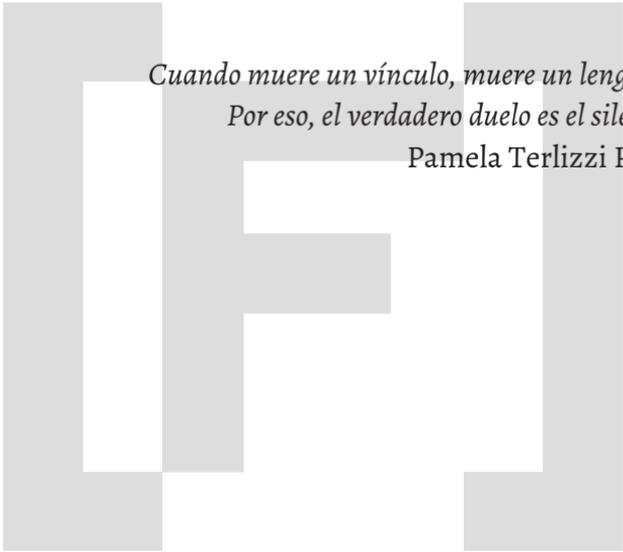
Luis Mey

FACTOTUM
EDICIONES





FACTOTUM
EDICIONES



*Cuando muere un vínculo, muere un lenguaje.
Por eso, el verdadero duelo es el silencio.*

Pamela Terlizzi Prina

FACTOTUM
EDICIONES



FACTOTUM
EDICIONES

Levitación incompleta

Hacía un par de años le habían contado una historia sobre un hombre que, harto de ciertas exigencias de éxito en la vida –y la posterior bomba de estrés–, había comenzado un curso de levitación, pero, todavía imbuido en las exigencias pretéritas, solamente realizó la mitad del curso, por lo cual a levitar aprendió, pero nunca supo cómo bajar, y así vivió, pidiendo por favor que lo bajaran del tobillo cada vez que necesitaba, por alguna razón, tener los pies sobre la tierra.

El amigo que se lo contó –uno de los tantos que entraban en su vida, lo querían un rato y luego desaparecían– le aclaró que no era una historia, sino un cuento de un famoso cineasta, pero él, Marcelo, no entendió muy bien la diferencia y así la tuvo encima, siempre a punto de contársela a alguien, pero nunca tan clara como para por fin hacerlo.

Ahora, en la mínima estación de ómnibus de la localidad de Brizuela, a donde no tenía una idea clara de cómo

había llegado, le hubiera gustado tener una mano que lo bajara del tobillo a la tierra, pero tampoco, de haber abierto la boca, hubiera sabido cómo decirlo.

—¿Pasajes a Campilongo?

—Es el que sale ahora para Santa Rosa —dijo la empleada, sin dejar de señalar el ómnibus que ronroneaba en la plataforma, a pocos metros—. Te tenés que bajar en la ruta y caminar, ¿sabés? Mañana, si querés, sale otro.

Por alguna razón, tal vez el apuro, le dio cualquier número de documento, cualquier nombre —aunque cuando repasa la historia sienta que lo dio sin que la empleada se lo pidiera—, y se subió un minuto después del último suspiro cansado de uno de los dos choferes. Los esperaba una ruta larga, desolada, aburrida y somnolienta. Se subió y caminó lentamente por el patíbulo de asientos hacia el suyo, el del fondo, justo al lado del baño.

La chica del primer asiento, que debía llevarse todas las miradas en cualquier lado al que fuera, se reía con una señora del otro lado del pasillo. De la chica, Marcelo rescató las palabras *Dios* y *proselitismo*. De la señora, una imagen: el pulgar derecho que presionaba los dientes de arriba, como intentando quedarse tranquila de que el pegamento funcionaba.

Un par de asientos después, un hombre pronunciaba la idea de divorcio —la burocracia alrededor— como quien comienza a hablar de una pesadilla. Marcelo sonrió apenas y quiso palmearle la espalda, darle algunas palabras de aliento, contarle lo suyo, pero siguió. Un chico joven —aunque no tanto como para entenderlo— que iba con su novia decía, con más gestos que palabras, que no

trabajaba el que no quería, entonces Marcelo perdió la sonrisa y se apuró. Otro, que antes de arrancar ya dormía y roncaba, arruinaba el estampado de una remera con la leyenda *adquiera fácil su casa*, asfixiada entre los pliegues de su panza, y sintió una cosa rara, como si la oferta o promesa y la realidad versus el sueño de todos se resumieran en ese cuerpo que devoraba una tela.

Cerca, un hombre con mil tatuajes (uno de una especie de espíritu en harapos que rodeaba toda su cabeza pelada), dos relojes, una sinfonía de cadenas de oro o símil oro y la expresión de quien vive en un wéstern o ajeno a la idea de terapia. A Marcelo, sin embargo, le recordó a una imagen que intentaba repetir mirando al cielo de la tarde o en una noche profunda de montaña cada vez que escuchaba el *Clair de lune*, de Debussy, por más que el hombre de los tatuajes pareciera furioso con algo o, en general, ansioso, cosa que podía ser suya o del tiempo que sucedía en el mundo, también en ese colectivo de media y larga distancia.

Marcelo quiso, cuando se sentó, que alguien de la empresa se acercara a limpiar ese baño, irrespirable, y que la chica hermosa le explicara a viva voz por qué necesitaba a Dios, que el del divorcio le dijera por qué el suyo había sido tanto o más terrible que otros (o por qué no se había acopiado de historias que, llegado el caso, redujeran el impacto, como quien lee poesía tarde, con el duelo de la muerte, y no antes), que el estúpido de la remera le demostrara que sí, que tener una casa era cuestión de casi nada, parpadear y ahí está, listo, una casa que ya ningún juez va a quitarte. Y esperaba, eso sí, que

nadie le hablara de hijos porque terminaría pensando en el suyo, que ya sabía que no era propio, aunque todavía lo sintiera así. Verdad repentina que había amenizado, desde ya, la pérdida de la casa.

—¿Dónde viajás? —le preguntó su compañero de asiento. Tenía el pelo de rastas, largo, la barba entre roja y amarilla de sol y nicotina, un aro en la ceja, otro en el labio y uno más en el pezón izquierdo, que se veía porque iba con la camisa a cuadros abierta casi hasta el ombligo. Dos bolsos: ambos pegados a sus tobillos. Uno de harpillera, tan apestoso como el baño; el otro, de tejido multicolor.

—A Campilongo. Tengo un amigo...

—¿Y eso dónde queda? —preguntó el hippie inyectándose, supuso Marcelo, un nuevo lugar donde vender artesanías. Una vez le habían preguntado qué cosa no querría que nunca fuera su hijo, y Marcelo respondió, en la mesa del asado, por lo menos con seis vasos de vino encima, “hippie”, y empezó a hacer una lista de todo lo que un hippie podía hacer y que él detestaba. Pero, como siempre, alguien dijo algo mejor y su opinión quedó perdida entre la mugre de la mesa.

—¿Y vos? —le preguntó Marcelo.

El hippie estiró la cabeza por sobre el asiento, miró todo lo hacia adelante que su cuello le permitió, después se acercó a Marcelo y le dijo, casi al oído.

—Hacia dónde, no sé. Pero ya voy por el cuarto colectivo largo en tres días. ¿Qué me decís?

—Estoy recién echado de mi casa. En un tiempo te digo.

El hippie se rio y Marcelo le envidió la dentadura, mucho mejor que la suya. Por culpa de eso se negó a

contarle lo que seguía: que iba para lo de un amigo que no veía hacía más de quince años, que ya no tenían nada en común, y que solo iba para sentirse lo suficientemente deprimido (“pero si ni siquiera es mi hijo, ¿por qué me decís que necesitás la casa para criar a mi hijo?”) y así empezar a dejarse llevar por la calle y terminar por ahí, total tampoco lo esperaba un trabajo.

El hippie se durmió, él se tomó unos mates, el que roncaba roncó peor, como compitiendo en sueños con la fuerza del motor, y todo transcurrió con esa normalidad resignada hasta que el grandote tatuado se acercó y, contra la esperanza de Marcelo de por fin ver que la culpa lo había hecho retornar y limpiar el baño, se pegó a su asiento y estiró una mano –Marcelo se retrajo con el termo y el mate– que siguió hacia el hippie.

–¿Qué hacés? –le dijo.

El hippie se sacudió.

–¿Eh?

–¿Qué mierda hacés durmiendo? Lo único que te pedí que no hicieras, lo único.

–Perdón, Diego. No me duermo, te lo prometo. Ya no me duermo.

El hippie no fue el mismo desde entonces. No habló más y le aceptó cada mate a Marcelo, que lo vio respirar profundo y concentrarse en la ventana hasta que, en medio de la nada, como sin destino, el hippie lo miró a los ojos y dijo:

–Yo quería ser poeta... Era poeta. Era muy bueno, pero no sé... creí que andando por acá y por allá, escapando de lo que decían de mí, podía transformarme en algo más,

alimentar el mito... ¿Escuchaste lo que te acabo de decir?
Qué estúpido, a quién se le ocurre... ¿Cómo te llamás?

–Marcelo.

–Pablo. Un gusto. ¿Te cuento algo?

–Decime.

–Sos el primer tipo que, en no sé cuántos viajes, me ceba un mate. El mundo está cambiando. Hay que pararse firme, ser más hijo de puta. Cualquiera te puede hacer daño.

–De eso vengo. Yo no sé vivir en esto. Ya me di cuenta. Que pase lo que tenga que pasar.

–Cuando lo veas venir, estate atento y agarralo fuerte.

–No, Pablo, a mí ya se me pasó. Si había algo que agarrar, no lo agarré a tiempo.

–Las oportunidades son calvas –dijo el hippie, otra vez mirando por encima del asiento. El pelado tatuado, casi como con él, sacudía a otra persona.

Quien se durmió, por supuesto, fue Marcelo. Algunas imágenes de los abogados del divorcio, tan seguros de sí mismos, y la mediadora, apurada de oficio, lo acompañaron durante un momento en que la ruta no tenía el asfalto repasado y el viento de La Pampa desarbolada sacudió un poco el micro. A alguien de más adelante, algún tiempo después, se le activó sin auriculares la música que escuchaba, y el *Venecia sin ti* se le metió a Marcelo en el sueño, y fue peor que soñar con abogados, sencillamente porque lo despertó y pensó en los buenos momentos, y en que Venecia había sucedido sin necesidad de pisarla, o de nadarla, porque no sabía, no tenía idea de cómo era todo en esa ciudad, pero él había tenido

sus venecias, y se lo repitió hasta que la garganta no le dio para más. ¿Quién era antes de verla en la parada del 60 en Las Heras y Sarmiento, acercarse, insistirle para hablar hasta que la hizo reír, cosa que siempre pensó incorrecta, pero que salió bien, por suerte, al menos por los años que siguieron?

Durante el recuerdo, el mundo dio vueltas.

O el micro.

Algún día sabría que estaba en el kilómetro 412 de la ruta 16, la que tenía indicaciones de reasfaltado hacía no menos de dos gobiernos y medio, y siempre el presupuesto terminaba redireccionado porque, total, la prioridad era otra y por ahí no pasaba nadie, salvo algún ómnibus, obligado para seguir recibiendo algún tipo de subsidio.

Lo cierto es que se despertó bastante rápido después del golpe. Se miró la mano y vio sangre que caía desde la punta de su pulgar. Fue el único corte que tuvo. No tenía idea cómo había salido así de ileso, considerando las vueltas que había dado el ómnibus, y entendió, también, que no se había desmayado por los golpes sino por el mareo.

Le costó salir de la maraña de fierros, tela de asiento, goma espuma, plástico, bolsos, carteras, mochilas y pedazos de gente. No estaba haciendo cálculos ni especulando con la imagen: solamente sabía que tenía que salir de entre los fierros. Alguna vez le había confesado a su padre –semanas antes de la muerte de su madre y a días de terminar la escuela secundaria, que le dio a su madre la tranquilidad necesaria para morirse– su deseo

de convertirse en médico algún día, a lo que su padre respondió con una carcajada, que a su vez Marcelo, apurado, intentó refutar con lo siguiente: “Siento que no me da asco nada”. El padre se levantó, miró a su esposa y dijo: “A mí tampoco, y eso no me hace médico”. La madre de Marcelo encendió un cigarrillo, esperó a que su padre se fuera y le dijo a su hijo: “Te pasa por pedir permiso”.

¿Qué hora era en ese campo perdido? ¿Las tres de la tarde? La misma hora en que él había empezado a sospechar de su propia esposa y ella de él. Ella de él porque cada vez llegaba con menos comisiones y él de ella porque decía hacer muchas cosas en la casa durante la hora de la siesta y en realidad nunca estaba cuando él, que había perdido el turno tarde en la remisería, pasaba a disfrutar de la paz del jardín.

Marcelo por fin se abrió camino, salió del caos, agarró un paquete de cigarrillos que vio tirado en un hueco alrededor del pasto (de rueda, pensó, agujero que había hecho algún auto que había frenado al costado, una pareja lujuriosa, quizá enamorada), aprovechó el pequeño fuego que tenía un asiento del micro, se alejó un poco, fumó y miró. Salvo el fuego y el humo, nada se movía. Todos muertos, menos él. Era un ómnibus de un solo piso: sesenta muertos, calculó.

Menos yo, pensó.

¿Hacía cuánto que no fumaba? Qué estupidez dejar de fumar, resolvió después de un rato.

Su celular estaba ahí, en su bolsillo, tenía las zapatillas puestas, casi impecables, y estuvo a punto de llamar

a emergencias ni bien cierto grado de conciencia volvió a él, pero entonces recordó las últimas palabras del hippie y, de algún modo, las entendió, o las cazó como no había cazado todas las otras del pasado. Había sobrevivido a un accidente fatal en el medio de la nada y ahí estaba la oportunidad, solamente debía terminar de aferrarse a ella antes de que pasara.

Algo agitado por la vuelta al tabaco, revisó los bolsos grandes que habían volado cerca de un sauce llorón. Corrió algunas ramas, pisó apurado una araña bien peluda y tiró medias, calzoncillos, bombachas, recuerdos de algunos lados, se comió un alfajor de batata mientras rescataba de adentro de una zapatilla una suma cercana a los cincuenta mil pesos, tomó un trago de un licor artesanal vaciando los bolsillos de las personas más o menos armadas o no grotescamente desmembradas, y encontró, entonces, el bolso de tejido multicolor del hippie, y hasta tuvo un presentimiento, quizá; lo abrió esperando rescatar algo para llevarse y recordarlo (un encendedor que pudiera dejar sobre la repisa de la entrada de su futura casa), pero solamente vio plata.

Algo así como cinco kilos de billetes, todos verdes. Entonces recordó haber visto el cuerpo magullado y parcialmente decapitado del pelado enorme, se acercó, lo corrió y, debajo de él, otro bolso. Lo mismo: muchos billetes en una valija negra de mano. Después de intentar arrancarle las cadenas de oro, de morder algo de su carne que impedía desenredarlas, se las dejó.

¿Había un tercero? Recordó cierto reto del pelado a otro pasajero algunos asientos más allá, y después de

caer en ciertas imágenes que refutaban aquello de que nada le daba asco, encontró lo que buscaba. En suma, además de toda la plata de los bolsillos de los viajeros, tres bolsos repletos de dinero. Hizo cuentas simples. Con uno, la casa; con otros dos, la libertad de por vida. El Dios del que había hablado la chica de los primeros asientos le había dado, por una vez, toda la gracia a él.

“Ella nunca te quiso”, le dijo su padre durante el velatorio de su madre. Marcelo recordó eso en el preciso momento en que vio a la chica que había nombrado a Dios, el pelo apenas revuelto, todavía en un asiento, algo despatarrada, el vestido levantado, un tobillo hinchado, un golpe violeta que le pintaba toda la frente. Pero él, que algo de médico se dijo tener, se acercó, encendió un cigarrillo y le tomó el pulso. Estaba viva y aferrada a un sobre ancho con el mensaje a marcador grueso verde: *Donaciones*. Marcelo le abrió la mano, dedo por dedo, y se lo llevó empaquetado.

Puso toda la plata en un bolso de mano azul, como deportivo, resistente y con la promesa en inglés de ser a prueba de agua. De su propio bolso sacó una campera y una gorra con el estampado de *Volver al Futuro* que un pasajero se había olvidado en el remís, según entendió, por el cansancio que traía de donde decía que venía: la filmación de algo. El cliente preguntó por la gorra al otro día, pero él mismo atendió el teléfono y le dijo que no, que no sabía, lo que se constituyó, lo recuerda bien, como el primer y único acto delictivo de su vida. Hasta ese.

Un año después, asentado en su propia casa, los pies estirados en un sillón, pasando de canal en canal, el amigo al